



## Santa Mónica. (331-387)

Aunque el testimonio de Agustín más que una biografía resulte un tierno himno filial dentro de un cántico de alabanza al Señor, a él la palabra:\*

**Muchacha.** Educación austera (Conf. 9, 8, 17-18). “Fuiste tú quien la creaste, pues ni su padre ni su madre sabían a ciencia cierta la clase de hija que iban a tener. Fue la vara de tu Cristo, la gestión de tu Unigénito al frente de una casa creyente, la que, como a miembro bueno de tu Iglesia, la educó en tu temor” (C. 9, 8, 17).

**Esposa.** Buena, paciente y generosa con el marido (C. 9, 9, 19). Cordial con la suegra (C. 9, 9, 20). Sembradora de paz (C. 9, 9, 21). Conduce al marido a la fe y está al servicio de todos (C. 9, 9, 22): “Tan pronto como llegó a la plenitud de la edad núbil, se le dio un marido al que sirvió como a su señor. Se esforzó en ganarle para ti, hablándole de ti con el lenguaje de las buenas costumbres. Con ellas la ibas

embelleciendo haciéndola respetuosamente amable y admirable a los ojos del marido” (C. 9, 9, 19). “Además, era sierva de tus siervos. Todos cuantos la conocían hallaban en ella motivos sobrados para alabarte, honrarte y amarte. Sentía tu presencia en su corazón por el testimonio de los frutos de una conducta sana” (C. 9, 9, 22).

**Madre.** Atenta a la vida cristiana de los hijos (C. 9, 9, 22). Predilección por Agustín (De cura pro mortuis gerenda, 16). Infunde la semilla de la fe en su corazón y lo inscribe entre los catecúmenos (C. 1, 11, 17). Agustín bebe el nombre de Jesús junto con la leche materna (C. 3, 4, 7-8). Mónica vence el influjo negativo del marido en la formación de Agustín (C. 1, 11, 17). Como consecuencia de la educación materna, Agustín creyó siempre en Dios, en Jesucristo, en la providencia, y en la vida futura (C. 6, 5, 7-8; 6, 16, 26). La conversión fue una vuelta a la fe que le había sido inculcada de niño (Contra Acad. 2, 2, 5). Enfermedad de Agustín, su deseo de recibir el bautismo y preocupación de la madre por administrárselo (C. 1, 11, 17-18). Amonestaciones maternas (C. 2, 3, 7). Se interesa por los estudios del hijo, y lo mantiene en ellos después de la muerte del marido (C. 3, 4, 7-8). “Había sido mujer de un solo hombre, había rendido a sus padres los debidos

respetos, había gobernado su casa piadosamente y contaba con el testimonio de las buenas obras. Había criado a sus hijos, pariéndoles tantas veces cuantas les veía apartarse de ti ” (C. 9, 9, 22).

**Madre que salva.** Mónica llora y reza por la conversión de Agustín (C. 3, 11, 19). Sueño consolador (C. 3, 11, 19-20). El auspicio profético de un obispo (C. 3, 12, 21). Partiendo para Roma, Agustín la deja en Cartago con un engaño (C. 5, 8, 14-15). Al enfermar Agustín en Roma, la madre ausente le está al lado con el amor, la oración y las lágrimas (C. 5, 9, 16 –10, 18). Lo alcanza en Milán (C. 6, 1, 1). Agustín le comunica el haber abandonado el maniqueísmo (ib.). Afecto de Mónica por el obispo Ambrosio (ib.). Mónica continúa la vida de piedad que practicaba en África (Ep. 36, 14, 32). Prosigue también con la costumbre de llevar alimentos y bebidas a las tumbas de los mártires, pero apenas conocida la prohibición de Ambrosio se abstiene (C. 6, 2, 2). Participa en el fervor de la iglesia milanesa (C. 9, 6, 14 – 9, 7, 16). Es estimada por Ambrosio (C. 6, 2, 2). Mónica insiste en que su hijo se case (C. 6, 13, 23).



“Y tú la escuchaste, Señor. La escuchaste y no mostraste desdén por sus lágrimas, que profusamente regaban la tierra allí donde hacía oración “ (C. 3, 11, 19). “Anda, vete y que vivas muchos años. Es imposible que se pierda el hijo de esas lágrimas”. Esta respuesta sonó en sus oídos como un oráculo celestial, según me contaba muchas veces en sus charlas conmigo ” (C. 3, 12, 21)

“Ya había llegado y se encontraba conmigo mi madre, siguiéndome por tierra y por mar, con su piedad llena de bríos, segura de ti en todos los peligros” (C. 6, 1, 1).

“Siempre que Ambrosio me veía, prorumpía en alabanzas tuyas, felicitándome por tener una madre como ella. La apreciaba por su buen talante, por la vida piadosa con que asistía asiduamente a la iglesia y por el gran fervor espiritual de las buenas obras ” (C. 6, 2, 2).

**Madre que triunfa.** Agustín refiere a Mónica la decisión de cambiar vida (C. 8, 12, 30). Agustín reconoce deber su conversión a las oraciones de su madre (De beata vita 1, 6; De ordine 2, 20, 52; De dono persev. 20, 53). “Acto seguido nos dirigimos los dos hacia mi madre. Se lo contamos todo. Se llena de alegría. Le contamos cómo ha ocurrido todo: salta de gozo, celebra el triunfo, bendiciéndote a ti que eres poderoso para hacer más de lo que pedimos y comprendemos. Estaba viendo con sus propios ojos que le habías concedido más de lo que ella solía pedirte con sollozos y lágrimas piadosas ” (C. 8, 12, 30).

-----  
-----  
“Creo y afirmo sin vacilación que por tus ruegos me ha dado Dios el deseo de consagrarme a la investigación de la verdad, sin preferir nada a este ideal, sin desear, ni pensar, ni buscar otra cosa” (De ordine 2, 20, 52).

**Maestra.** Ama de casa cuidadosa y enérgica (Contra acad. 2, 5, 13 - 6, 14). Agustín la quiso presente en las discusiones filosóficas (De ordine 2, 1, 1). Mónica declara que la verdad es el alimento del alma (De beata vita 2, 2, 8). Define la noción de la verdadera felicidad (ib., 2, 10). Hace notar que la auténtica dicha no puede existir donde falte la sabiduría (ib., 4, 27). Concluye que sólo la fe, unida a la esperanza y a la caridad, puede conducirnos a la vida feliz (ib., 4, 34-35). Agustín se declara discípulo de Mónica (De ordine 1, 11, 31-33). Confía a las oraciones de su madre la consecución de la sabiduría, a la cual espera llegar por mérito de tantas súplicas (ib., 1, 11, 31-33; 2, 50, 52). Madre y sierva de los siervos de Dios (C. 9, 9, 22).

“Con nosotros también se hallaba nuestra madre, cuyo ingenio y ardoroso entusiasmo por las cosas divinas había observado yo con larga y diligente atención. Pero entonces, en una conversación que sobre un grave tema tuvimos con motivo de mi cumpleaños y asistencia de algunos convidados, y que yo redacté y reduje a volumen [en De beata vita], se me descubrió tanto su espíritu que ninguno me parecía más apto para el cultivo de la sana filosofía” (De ordine, 2, 1, 1).

**Mística.** Visiones (C. 6, 1, 1; 6, 13, 23). El éxtasis de Ostia (C. 9, 11, 23-25). Deseo de la muerte (C. 9, 10, 26). Sin temor de morir lejos de su tierra (C. 9, 11, 27-28).

“Estando ya cercano el día de su partida de esta vida – y ese día sólo lo conocías tú, nosotros lo ignorábamos –, aconteció por tus disposiciones misteriosas, según creo, que ella y yo nos hallábamos asomados a una ventana que daba al jardín de la casa donde nos hospedábamos. Era en las cercanías de Ostia Tiberina. Allí, apartados de la gente, tras las fatigas de un viaje pesado, reponíamos fuerzas para la navegación.

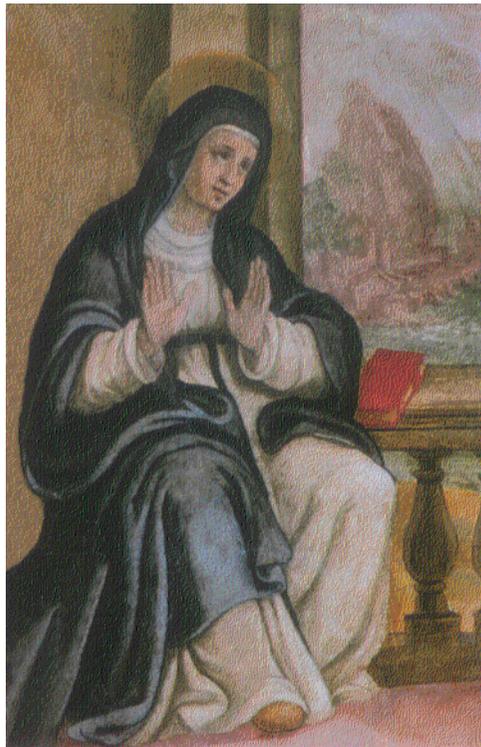
Conversábamos, pues, solos los dos con gran dulzura. Olvidándonos de lo pasado y proyectándonos hacia las realidades que teníamos delante, buscábamos juntos, en presencia de la verdad que eres tú, cuál sería la vida eterna de los santos, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni llegó al corazón del hombre. Abríamos con avidez la boca de nuestro corazón al elevado chorro de tu fuente, de la fuente de la vida que hay en ti, para que, rociados por ella según nuestra capacidad, pudiéramos en cierto modo imaginarnos una realidad tan maravillosa” (C. 9, 10, 23).

“Y cuando nuestra reflexión llegó a la conclusión de que, frente al gozo de aquella vida, el placer de los sentidos carnales, por grande que sea y aunque esté revestido del máximo brillo corporal, no tiene punto de comparación y ni siquiera es digno de que se le mencione, tras elevarnos con afecto amoroso más ardiente hacia Él mismo, recorrimos gradualmente todas las realidades corporales, incluyendo el cielo desde donde el sol, la luna y las estrellas mandan sus destellos sobre la tierra. [...]. Mientras hablábamos y suspirábamos por ella (por la Sabiduría), llegamos a tocarla un poquito con todo el ímpetu de nuestro corazón y suspirando, dejamos allí cautivas las primicias del espíritu. Y retornamos al sonido de nuestra boca, que es donde tiene principio y fin la palabra” (C. 9, 10, 24).

“Hijo, por lo que a mí respecta, nada en esta vida tiene ya atractivo para mí. No sé qué hago aquí ni por qué estoy aquí, agotadas ya mis expectativas en este mundo. Una sola razón y deseo me retenían un poco en esta vida, y era verte cristiano católico antes de morir. Dios me lo ha dado con creces, puesto que, tras decir adiós a la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago aquí?” (C. 9, 10, 26).

### Muerte y sepultura (C. 9, 11, 28 – 12, 33).

“Estando ya próximo el día de su liberación, mi madre no anduvo pensando en que su cuerpo recibiera sepultura en medio de ceremonias suntuosas, ni que fuese embalsamado con aromas, ni codició un monumento selecto, ni siquiera se cuidó de tener sepultura en su patria. No fueron estas las disposiciones que nos dejó. Sólo expresó el deseo de que nos acordáramos de ella ante tu altar, a cuyo servicio había estado ininterrumpidamente, sin dejar ni un solo día. Sabía muy bien que en él se dispensaba la víctima santa” (C. 9, 13, 36). “Finalmente, el día noveno de su enfermedad, a los cincuenta y seis años de edad y treinta y tres de la mía, aquella alma fiel y piadosa quedó liberada de su cuerpo” (C. 9, 11, 28). [S. Agustín († 430)]. \* Sant'Agostino. Mia madre. A cura di A. Trapè, Milano 1975 (resumen). Trad. de F. Rojo y J. Cosgaya, o.s.a. en BAC minor



*Santa Monica*  
madre di S. Agostino